

NO SOMOS DIOSES
UNA REFLEXIÓN ÉTICA SURGIDA DE LAS
CATÁSTROFES NATURALES *

Juan Carlos Bussenius**

"Nos dimos cuenta de algo bien sencillo. ¡No somos dioses! Somos simplemente criaturas, somos parte de una naturaleza maravillosa, grandiosa, divina, pero somos una ínfima parte de una creación universal, majestuosa, donde nuestro rol es sencillamente ser hombres y mujeres, seres amados de manera extraordinaria por nuestro Dios, sí, pero simples criaturas, nada más". (Nancy, Puerto Rico, luego de los trágicos efectos de unos huracanes, 1999)

Chile es reconocido por la comunidad científica nacional e internacional como uno de los países de más alta sismicidad mundial, con un promedio de un terremoto destructor cada 10 años. Sabemos que este fenómeno es debido a la interacción de las placas tectónicas de Nazca y Sudamérica, que presentan una alta velocidad de convergencia, lo que se traduce en una gran tasa de deformación a lo largo del margen continental nacional.

Analizar estos eventos desde la ética resulta un interesante esfuerzo, especialmente los terremotos, en que pareciera que irrumpe trágicamente la indefensión o el fatalismo moral. La ética tiene que aventurarse a reflexionar y a iluminar sobre las variadas problemáticas que afectan a los seres humanos en toda su complejidad, sobre todo en estos casos límites.

La ética tiene como principal cometido lograr *conductas humanizadoras en el diario vivir*. Este complejo proceso toma en

* Este artículo es un resultado de un Proyecto sobre catástrofes Naturales, sostenido por la Universidad de Tarapacá y financiado por la Mutua de Seguridad, 2001.

** Profesor de Filosofía, Depto. Filosofía y Psicología, Universidad de Tarapacá.

cuenta el contexto donde la persona se ubica y capacidad adquirida por el desarrollo de su conciencia moral. Todos los seres humanos tienen una visión de las cosas a un nivel básico que expresa nuestra capacidad de distinguir entre el bien y el mal, y por lo tanto tomar una opción en la cotidianidad, con todos sus bemoles. Realidad, que se torna más incierta cuando el escenario cambia abruptamente, como es en el caso de un sorpresivo desastre natural o provocado (1). En esta situación el ser humano se encuentra en un nivel primario y urgente que le hace elegir básicamente entre el propio "bien individual o el bien social". Así, frente a un terremoto la conducta se ve conducida por la preservación de los "míos", llamada primordialmente familia, o el cuidado comunitario, con los cuales la persona está en ese momento, si ese es el caso.

Por ejemplo, supongamos que trabajamos en un hospital y sucede un gran sismo, ¿cuál será nuestra primera reacción? Es probable que surja nuestro deber como profesional pero superado el primer impacto mis preocupaciones familiares pueden alterar ese deber. En realidad, no se trata de enfrentar dos bienes sino de precisar y formar actitudes responsables que nos ayuden en conciencia a un adecuado proceder.

La idea es por lo tanto, detectar los nudos de conflictos para sugerir las conductas éticas adecuadas que se requieren en situaciones de desastre. No hay que olvidar que frente a un hecho de esta naturaleza pueden surgir héroes pero también delincuentes. Puede salir lo mejor que tenemos pero también lo peor. La historia social y personal nos deben enseñar. En los desastres naturales, tenemos una veta muy interesante en que la vida y la muerte se suben a un diletante escenario. También son un catalizador de agudas problemáticas individuales y sociales que resuenan, entre otras áreas, en el ámbito de la salud.

Hago el alcance que el término "desastre natural" también tiene sus bemoles. El poderío que tiene el hombre actualmente sobre el mundo ocasiona directa e indirectamente devastaciones que a veces

tienen responsables muy concretos. Situación que ocasiona naturalmente, problemáticas éticas determinadas (2).

Estas reflexiones tienen un sentido exploratorio que deberían llevar a la necesaria discusión y concreción. Los seres humanos no “somos dioses” nos plantea angustiosamente los desastres naturales; somos criaturas. Debemos ser responsables frente a la creación. La fragilidad humana a pesar de los gigantescos avances de toda índole aparece radicalmente cuando acaece un desastre, sin embargo ahí puede aparecer también una reflexión para una acción más humanizadora, el propósito quizás más fundamental de toda ética. Utilizaremos los criterios básicos de temporalidad frente aun desastre: el antes, el durante y el después.

Antes...

Con este criterio, considero que hay que tener en cuenta *una información adecuada y eficaz* como una toma de conciencia básica. Aquí propongo cuestiones innegables que en la línea de la prevención. Es responsabilidad ética el esfuerzo y la preparación articulados en el valor de la verdad y de la justicia. Tenemos que enfrenarnos con toda la información posible como criterio de verdad objetiva para poder actuar, llegado el momento con la mayor justicia, que significa preservar lo demandado por la sociedad. En este sentido, resulta una inmoralidad por ejemplo, la construcción de viviendas sin mayor planificación y cuidado en el área de inundación prevista cuando aconteciera un tsunami, en el borde costero del norte, de nuestro país. Además, la consideración sobre la enorme responsabilidad en la honestidad en el área de las construcciones. Incluso las ausentes o ineficaces medidas de precaución en el área del turismo en nuestro país. La denuncia prudente, constructiva, es vital.

Aquí se necesitaría trabajar con casos didácticos para discernir la praxis adecuada. Sabemos que los casos son un instrumento de entrenamiento que facilita aprender cómo integrar principios morales en la toma de decisiones. En la problemática ética el procedimiento

para llegar a una resolución es clave. Proceso que no es simple, implica responder en último término a la conciencia, que se espera que esté bien formada e informada. Los medios de comunicación también tienen un relevante papel al informarnos y prepararnos.

En realidad, el objetivo primario sería entrar en un proceso de deliberación, es decir, identificar procesos mentales que todos seguimos antes de tomar una decisión, si es que queremos tomarla de modo razonable y adecuado. Antes de decidir, todos deliberamos, esto es analizamos racionalmente la situación, para ver cual es la situación óptima, o la menos mala, y por lo tanto, qué decisión es la que debemos tomar. Por o tanto, la deliberación consiste en un análisis detenido de las circunstancias y consecuencias que concurren en una situación concreta, identificación de los cursos de acción posibles y de entre todos ellos, el curso ético óptimo. El razonamiento deliberativo se caracteriza por ser práctico y tener por objeto la toma de decisiones (3). Determinaciones que se pueden realizar si el criterio de temporalidad primero (el antes) es debidamente utilizado. Desgraciadamente, los seres humanos a veces no queremos ver la realidad futura sobre todo cuando puede ser escabrosa o compleja. De aquí por lo tanto, que el primer principio ético es *prepararse* a lo que, por lo demás, será inevitable. Prever problemáticas, con la metodología de casos ayudarán a tomar las medidas en lo posible, más adecuadas.

Al enfrentarnos a un desastre natural como un terremoto, un tsunami o ambos, nuestras reacciones pueden cubrir la gama desde la absoluta calma hasta el total descontrol hacia nosotros mismos y hacia el entorno que nos rodea. Por lo tanto, la prevención resulta un elemento central. Trabajos previos de simulación y casos para detectar las alteraciones en la conducta que impidan una postura prudente en un momento determinado. Partimos de la base que nuestros roles son importantes por lo tanto, es un imperativo ético no dejar a la improvisación nuestra posible conducta. El miedo a lo desconocido ocasiona pánico o un temor controlado, que ayudan o anulan actitudes

en bien de la comunidad a la cual servimos. Una materia que amerita una urgente y adecuada preparación previa.

Naturalmente que nunca un entrenamiento o capacitación podrá dilucidar completamente nuestra conducta frente a un desastre pero, sí detectar los puntos problemáticos de nuestro posible accionar que necesitan preparación. Una materia delicada es nuestra actitud frente a la familia. Es imprescindible, de antemano prever los elementos prácticos como son las conductas a tomar, obviamente dependiendo del lugar donde nos encontremos. Generalmente los centros de educación están preparados y otras instituciones de importancia. Esto puede dar los márgenes mínimos de seguridad y conformidad. Es importante urgir la toma de conciencia previa si el lugar donde trabajo no lo tiene en cuenta. Justicia, es exigir lo que corresponde desde los elementos materiales (políticas y legislación adecuadas en el tema de la construcción, etc.) y la generación adecuada de los organismos propios de emergencia. Las instituciones hospitalarias tienen un papel relevante en la creación de "comités de preparativos para desastres" de la cual existe amplia bibliografía.

Hay que aprender a vivir con estos fenómenos, como lo tenemos que hacer con las múltiples contingencias de la vida humana. Nadie está exento de una enfermedad, de problemas económicos, alguna muerte cercana, etc. Resulta inapropiado, por lo tanto, concebir los eventos sísmicos como una especie de "espada de Damocles" sobre nuestra cabeza. Nadie, sanamente, vive angustiado por los problemas que pueden acontecer en el futuro. Tomemos las medidas pertinentes, no escondiendo lo inevitable, para desarrollar nuestra vida lo más normal posible, porque así es.

Otro elemento a tener en cuenta es la primacía de los más débiles. Aquí hay una base moral de profundo sentido humano y nos atrevemos a decir cristiano. Un deber como persona es tomar en cuenta a los sujetos más desguarnecidos. Tendremos que preguntarnos de antemano: ¿quiénes son los más débiles frente a un desastre y cómo operar y distinguir situaciones? Los centros de salud aunque tienen

disposiciones al respecto, no siempre se socializan de manera adecuada.

Un desastre físico afecta obviamente a todos pero los pobres son los que más les cuesta recuperarse porque ya viven permanentemente en una situación deteriorada y disminuida (4). En este sentido los eventos naturales son una especie de *catalizador social* que muestran las claras falencias políticas, económicas y de variado orden que vivimos especialmente en América Latina. Urge encontrar los mecanismos sociales para prever una eficaz ayuda a los más pobres. Es un desafío ético básico.

Durante...

Durante el momento preciso en que acontece el desastre, surge en primer lugar toda la grandeza y también la miseria humana, entendida como conductas que concretizan valores o la anulan desde la experiencia del deber en esos instantes. Existe un movimiento hacia dentro o hacia fuera dependiendo dónde me encuentre. Así, hay actitudes solidarias y compasivas o egoístas e individualistas. Hay una primera confrontación entre el bien personal y el bien comunitario. Nuestro mundo valórico se ve remecido con la primera humana reacción de conservar la propia vida.

Estamos frente a situaciones límites, en que se debe actuar “rápido y eficientemente”. Significa ver la situación del “otro”, dejando de lado “lo nuestro”. En otras palabras privilegiar el bien social o comunitario sobre el individual. Sabemos que esto no es fácil. Cuando aconteció el desastre por la inundación en Antofagasta hace algunos años, fallaron varias medidas de seguridad porque mucha gente fue en primer lugar a ver su familia, su casa. Esta actitud “natural”, desde el deber como profesional, sobre todo en el área de la salud, se debe ofrecer en “beneficio del otro”. No se trata de ser un héroe pero se supone que debemos privilegiar el bien común sobre el individual. A la persona que le cueste demasiado esta actitud, suponemos que se le hará muy difícil trabajar en situaciones de

emergencia, sobre todo en los primeros instantes que siempre son vitales. Por lo demás, los protocolos de actuación funcionarán en la medida que tengamos muy claro este aspecto.

En las situaciones límites, surge la afirmación en lo esencial, la fe en Dios o en lo que se vea como el soporte básico existencial. Un descalabro físico ocasiona una profunda debilidad, una situación de "acabo de mundo", por lo tanto surge decisivamente la actitud de protección divina de la persona creyente. Esta actitud de fe prudentemente conducida, sirve como soporte humano para privilegiar una conducta que tome en cuenta a los otros, incluso más allá de mi bienestar personal. Otorga una confianza básica (seguridad psicológica) que sirve para mirar el bien del prójimo a pesar del momento angustioso. Se traduce también en conductas prudentes que aminoran o anulan la situación de pánico.

Después...

Lo que acontece, sucedido el desastre, es central. El valor de la solidaridad y de la compasión se hacen prioritarios. Cataliza las ayudas especialmente a los más débiles y afectados. Es un tiempo de reconstrucción físico y humano; dos líneas que tienen que ir unidas.

Misteriosamente las crisis muchas veces son una oportunidad para un nuevo crecimiento personal. Un renacimiento de una nueva humanidad. Nunca seremos iguales luego de un desastre. Es un tiempo de reconocer las pérdidas, para reasumir lo que es posible. Nos vamos reconociendo como seres humanos en el dolor porque los desastres son para todos aunque obviamente algunos sufren más que otros. Nos sentimos unidos quizás como nunca. Una experiencia humana que Chile la ha vivido. Buscamos nuestras raíces (reserva moral) y reiniciamos una vez más el largo camino de la reconstrucción integral. Los recuerdos nos debilitan pero nos pueden preparar, si se trabajan bien, a una próxima eventualidad.

Hay que aprovechar estas circunstancias de muerte para extraer toda la dosis desconcertante de vida que contiene. Hay que aprender de lo que nos sucede. No podemos adoptar la política de la avestruz que esconde la cabeza en la tierra frente a todo lo que acontece. De una vez por todas en Chile, debemos convertir el temor en prevención, el egoísmo en solidaridad y la improvisación en responsabilidad. No se trata sencillamente de reconstruir lo que se ha deteriorado y dejar caer nuevamente el manto del olvido, sino de *asumir responsablemente hoy nuestra condición frente a las próximas eventualidades*.

Una cuestión también importante es la rapidez en la ayuda. Hay casos que muestran que no es la misma prontitud internacional en un país desarrollado que en uno más pobre. La solidaridad internacional con presteza es un requisito ético fundamental. También una ayuda inteligente que logre traspasar la corrupción administrativa que surge en muchos países de dudosa probidad.

La fe en Dios nuevamente es esencial. Nos ayuda a salir del recuerdo traumático para sumir la nueva realidad. Es un movimiento hacia la vida y quizás redentoramente mejor, que la que teníamos antes. Es una experiencia de resurrección luego del dolor; una espiritualidad pascual. En este sentido es interesante todo el movimiento espiritual que ha surgido en Estados Unidos, luego de los atentados del 11 de Septiembre pasado. Recordemos que la fe puede ayudar a sostener y profundizar conductas éticas en momentos muy complejos. Es la luz de la esperanza que asume procesualmente las angustias y culpabilidades, lacras psicológicas derivados de los desastres. El movimiento hacia la vida es más fuerte. Somos criaturas nuevamente necesitadas. Misterio de dolor que nos humaniza y recrea actitudes éticas necesarias.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) “El término “desastre” suele aplicarse a una situación de ruptura del funcionamiento normal de un sistema (o comunidad), que causa fuerte impacto sobre las personas, sus obras y su ambiente, superando la capacidad local de respuesta. Esta situación puede ser el resultado de un evento de origen natural (por ejemplo, un huracán o un terremoto) o la consecuencia de la acción humana (la guerra, entre los más comunes), combinado con sus efectos nocivos (por ejemplo, la pérdida de vidas o la destrucción de infraestructura). Algunas organizaciones hacen la distinción entre “desastres” como resultado de eventos naturales y “emergencias complejas”, siendo éstas causadas por confrontaciones bélicas, violencia, etc., y que suelen resultar en desplazamientos masivos de personas, hambrunas, refugiados, entre otras cosas. Tal es el caso, por ejemplo, de las crisis en los Balcanes, las hambrunas de Etiopía, Somalia, Sudán, el genocidio en Ruanda y más recientemente la violencia en Timor Oriental”. (*Organización Panamericana de la Salud, Logística y gestión de suministros en el sector salud*, Washington, D.C., 2001, Pág. 14)
- (2) Aunque legítimamente se puede calificar como fenómenos naturales catastróficos a las inundaciones en China y a la sequía en África, resta por saber si son <naturales> los desastres que causan. Las catástrofes asociadas a las inundaciones tienen tanto que ver con la utilización presente y pasada de las tierras como con la pluviometría. En el último decenio, el hambre generalizada originada por sequías coincidió con conflictos de diversa intensidad, e incluso una catástrofe tan natural como el tsunami que afectó a Papúa Nueva Guinea en el verano de 1998 se vio agravado por la deforestación debida a la tala de bosques en la zona. Así, en muchos casos, la actividad humana –de una persona, del sector privado o del estado– convierte un espectacular fenómeno natural en un trágico desastre (Walker Peter, víctimas de catástrofes naturales y derecho a la asistencia

humanitaria: Una opinión profesional. En: *Revista Internacional de la Cruz Roja* N° 148, Diciembre de 1998, Pág. 656)

- (3) Gracia Diego, Charla: "La Deliberación Moral". *Instituto de Bioética. V Ateneo de Bioética*, la deliberación en Bioética, Madrid, 28 de Junio de 2001.
- (4) El terremoto no es, pues, sólo una tragedia, sino que es también una radiografía del país. Muy mayoritariamente mueren los pobres, quedan soterrados los pobres, tienen que salir corriendo con las cuatro cosas que les quedan los pobres, duermen a la intemperie los pobres, se angustian por el futuro los pobres, encuentran inmensos escollos para rehacer sus vidas los pobres. También otros sufren con el terremoto, indudablemente, pero, por lo general, pasado el susto, reconstruyen lo que se les ha dañado, vuelven a la normalidad y pueden seguir viviendo, algunos de ellos rodeados del lujo de siempre. Los terremotos, como los cementerios, revelan la inicua desigualdad de una sociedad y, así, muestran su más honda verdad. Algunas tumbas son suntuosas, grandes panteones y lujosos mármoles, bien ubicadas. Otras, casi sin nombre y sin cruces, se amontonan en lugares y quedan anónimas. Son la mayoría. Los terremotos recuerdan a los cementerios y escenifican, trágicamente, la parábola de Jesús: "Había un señor muy rico que banquetecía todos los días. Y a los pies de su mesa había un pobre, Lázaro, que esperaba que cayeran migajas de la mesa. (Jon Sobrino S.J., Logos 71: *Reflexiones a Propósito del Terremoto, 16 de Enero 2000*)